SANTA MISA

Solemnidad de Santa María Madre de Dios 1 de Enero

"Y María conservaba todas estas cosas guardándolas en su corazón".

Una oración de la liturgia etíope afirma:

"Tú eres el incensario de oro que engendraste a la brasa viva.

Bendito sea el que recibe desde este santuario al que perdonó el pecado y borró nuestros errores, que es la Palabra de Dios, que se hizo hombre de ti y que se ofreció a Sí mismo al Padre como incienso y ofrenda aceptable."

La más antigua representación de María Santísima se encuentra en Roma, en la catacumba de Santa Priscila. Es una pintura de principios del siglo III. María, sentada, sostiene sobre sus rodillas al Niño recién nacido, al que presenta.

Con el miedo de las persecuciones, con la alegría de dar la vida, con ese colorido especial de las pinturas de las catacumbas, los primeros cristianos captaron inmediatamente la importancia significativa de esta verdad: del título de MADRE DE DIOS.

Ya testimoniado por Mateo en la fórmula equivalente de "Madre del Emmanuel – Dios con nosotros-", se atribuyó explícitamente a María sólo después de una reflexión que duró alrededor de dos siglos. Son los cristianos del siglo III quienes en Egipto comienzan a invocar a María como la Teothokos, la Madre de Dios.

Con este título, que encuentra amplio eco en la devoción del pueblo cristiano, María aparece en la verdadera dimensión de su Maternidad. Es Madre del Hijo de Dios, a quien engendra virginalmente según la naturaleza humana, y a quien educa con su amor materno, guardando todas las cosas en su corazón. Así Ella contribuyó al crecimiento humano de la persona divina, que vino para transformar el destino de la humanidad.

■ De modo muy significativo, la más antigua plegaria a María, el Sub tuum praesidium –Bajo tu protección nos acogemos– contiene esta expresión: Teothokos, Madre de Dios.

Este título no es tanto una reflexión de los teólogos, sino, sobre todo, una intuición del pueblo cristiano, que quiere obtener apoyo, ayuda, en las pruebas de la vida; que se dirige a María como Madre, como Madre de Dios y Madre nuestra.

En el año 1938 se encontró en una biblioteca de Manchester esta oración en un papiro, tal como, salvo con alguna ligera variante, se ha conservado en las liturgias griegas y en el rito ambrosiano:

"Bajo el amparo de tus misericordias nos acogemos, oh Madre de Dios, no desatiendas nuestros ruegos en las necesidades y sálvanos del peligro. Tú sola eres la bendita."

Dom Mercenier, que recompuso el texto de este papiro, ha hecho notar el inmenso interés que tiene este breve texto. Es, sin duda, el más antiguo testimonio de la fe en el poder mediador de María, pues se le pide no sólo que apoye nuestras oraciones cerca de Cristo, sino que además nos libre Ella misma de los peligros a que estamos expuestos. Por otra parte, la presencia de esta invocación —"oh Madre de Dios"— prueba que esta denominación —como afirmábamos antes— es precisamente un texto que está consagrado al uso litúrgico, al uso popular.

El Concilio de Efeso, ya en el año 431, definirá el dogma que hoy celebramos de la Maternidad divina, atribuyendo oficialmente a María este título: "*Madre de Dios*", con referencia a la única persona de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

Así pues, las tres expresiones con las que la Iglesia ha ilustrado a lo largo de los siglos su fe en la Maternidad de María -Madre de Jesús, madre virginal y Madre de Dios- manifiestan, por tanto, que la Maternidad de María pertenece íntimamente al misterio de la Encarnación.

Son afirmaciones doctrinales, pero que antes han surgido en la piedad popular. Y que han contribuido así a definir la misma identidad de Cristo.

La última vez que la Madre Teresa estuvo en Holanda, decía que había ido un protestante a visitarle, acompañado por su esposa. Y le dijo: "Tengo la impresión"

de que los católicos os pasáis con María". Y ella dijo: "Yo le contesté: -Sin María no hay Jesús". Él no replicó. Unos días después envió a Madre Teresa una hermosa postal con esta expresión: "Sin María no hay Jesús".

■ El Beato Alonso de Orozco, gran teólogo mariano, y que fundó un convento de Madres Agustinas en esta ciudad, afirma en sus escritos, -en un libro que tiene, Las siete palabras de María Santísima-, que una de las grandes mercedes que Dios nos hizo, además de habernos criado y redimido, fue querer tener Madre. Porque teniéndola Él, tomándola Él como suya, nos la daba a nosotros, nos la daba por nuestra.

"Tu belleza, Virgen María, puede salvar a nuestra ciudad, puede salvar a tu Iglesia, puede salvar al mundo entero", afirmaba el Papa este año ante el monumento de la Inmaculada, en Roma, en el mes de diciembre.

Recibe, oh María, nuestro primer beso de este año y escucha esta nuestra oración:

"María, Madre de Jesús y de cuantos participan de su ministerio sacerdotal, acudimos a Ti como hijos que acuden a su Madre. Ya no somos niños, sino adultos que de todo corazón desean ser hijo de Dios. Nuestra condición humana es débil; por eso venimos a suplicar tu ayuda maternal para conseguir sobreponernos a nuestra debilidades. Ruega por nosotros, para que, a nuestra vez, podamos ser personas de oración. Invocamos tu protección para poder permanecer libres de todo pecado. Invocamos tu amor para que el amor pueda reinar y nosotros podamos ser compasivos y capaces de perdonar.

Invocamos tu bendición, Madre de Dios, para que podamos ser como la imagen de tu Hijo, Señor y Salvador nuestro, Jesucristo. Por los siglos de los siglos. Amén."